

INTRODUCCIÓN

Usted es un ser adulto con cierta experiencia de la vida, tanto como persona como profesional. A medida que aprendemos y nos desarrollamos, somos cada vez más conscientes de que los seres humanos no nos medimos por nuestras cualidades, sino por la forma en que las utilizamos, pero, ¿conocemos realmente cuáles son estas cualidades?, ¿todas ellas?, ¿podemos tener algunas desconocidas y muy escondidas, en lo más profundo de nosotros mismos?

Por ejemplo, ¿qué hubiera pensado el padre de Demóstenes, si alguien le hubiera vaticinado que su hijo, un pobre tartamudo, sería el orador más grande de todos los tiempos? ¿Posiblemente hubiera pensado que se burlaban de él! Y ya más recientemente, ¿qué habría pasado si, en el año 1.782, un cadete llamado Napoleón Bonaparte hubiera hecho caso a su instructor, cuando le aconsejó que cambiara su vocación, porque jamás podría ser un buen militar?... O, ya bien entrado el siglo XX, ¿qué hubiera sucedido si una muchacha hubiera hecho caso a su profesor de canto cuando le pronosticó que no tenía ningún porvenir en la profesión? (¡la muchacha se llamaba y sigue llamándose Montserrat Caballé!, una de las mejores divas de todos los tiempos).

El objetivo fundamental de este libro es el DESARROLLO PERSONAL: lograr que cada lector descubra, por sí mismo, paradigmas o visiones tan decisivas para él, que le induzcan a modificar sus actitudes y comportamientos para aumentar su influencia hacia los demás.

¿Objetivo ambicioso? ¿Utópico, tal vez? Puede ser, pero que lo sea o no, sólo depende de cada lector, porque, como decía Goethe, “El escritor sólo

empieza el libro; quien lo acaba es siempre el lector.” Por lo tanto, ¡el éxito depende sólo de usted!

En mayor o menor grado, todos nos sentimos más o menos satisfechos de cómo somos, aunque tenemos grandes inquietudes respecto a cómo nos gustaría ser, pero, ¿qué hacemos al respecto?, ¿queremos, realmente desarrollarnos? ¿sabemos cómo llegar, cómo hacerlo?, ¿de qué herramientas disponemos?, ¿tenemos objetivos claros o hermosas declaraciones de intención? ¿No estaremos dejando esta responsabilidad a la madre Naturaleza?

Para conseguir este desarrollo, es imprescindible, en primer lugar, descubrir auténticas “visiones” y herramientas. Después, tener curiosidad, probar y entrenarnos, como cualquier atleta que pretende mejorar su rendimiento. Pero esto no es tan simple; ¡muy al contrario! Es sumamente difícil, porque antes debe contarse con un profundo conocimiento de los propios puntos fuertes, tener definido un objetivo muy claro, concreto, factible y, sobre todo, creíble. Llegar a ser aquella persona que somos capaces de ser, es la auténtica y más bella meta que tenemos en nuestra vida.

El mundo cambia, la tecnología cambia, las costumbres, los gustos, las modas cambian, pero, ¿y los seres humanos?, ¿cómo y cuándo cambiamos?, ¿dominamos el cambio o nos movemos arrastrados por los demás y el entorno?, ¿somos inductores o inducidos? Podemos estar, ahora, más o menos en el buen camino, pero los demás pasarán por encima de nosotros si no nos movemos. ¡Y muy pronto!

Cambiar es difícil, muy difícil, porque el deseo de cambio y, a la vez, la resistencia y el miedo al mismo, es una de las grandes contradicciones de nuestra vida. Nos da miedo porque es difícil, sin darnos cuenta de que es difícil precisamente porque le tememos. Tememos al propio cambio, a romper cómodas rutinas, a experimentar algo diferente y, no menos importante, a las críticas y burlas, de quienes no han sido capaces de conseguirlo.

Voy a contarles una historia:

“Hace años, muchos años, había una pequeña y hermosa isla tropical, habitada sólo por una colonia de monos. La convivencia era perfecta. No carecían de alimento, ya que la Naturaleza se mostraba generosa y todos eran felices; los jóvenes, imitando a los viejos y estos preservando el orden y las buenas costumbres.

Cierto día, un grupo de adolescentes fue a recoger raíces de una planta llamada “gutífera”, alimento muy apreciado por su textura y sabor. Con un acopio considerable de raíces, el grupo se dirigió al río con ánimos de pasar un rato de holganza, comiendo y jugando, dos de las actividades más practicadas por la especie.

Entre el grupo de jóvenes, destacaba por su vitalidad una pequeña hembra, cariñosa y vivaracha, llamada Upe. Sus compañeros de juego la estaban acosando y dos de ellos la tenían cogida por ambos brazos con la intención de tirarla a la laguna donde solían bañarse a menudo. Ella se resistía por temor a perder las codiciadas raíces que sostenía en cada mano, pero al fin y ante el jolgorio general, lo consiguieron y Upe se dio un buen remojón.

Pero la pequeña aguantó estoicamente la broma de sus amigos sin soltar su alimento, circunstancia, por otra parte, frustrante para los demás que, ante el cariz que tomaban los acontecimientos ya contaban con obtener el botín.

Ante las expectativas más que probables de una nueva tentativa, Upe optó por comerse sus raíces nada más salir del agua y su sorpresa fue que tenían un sabor diferente, más exquisito, más dulce, mucho más fino al paladar. Nunca había imaginado que las raíces de gutífera pudieran ser tan sabrosas. ¿Qué ha pasado?, se preguntó, asombrada.

Upe invitó a sus amigos a probar las que le sobraron y todos coincidieron en su opinión: ¡estaban fantásticas!, pero, ¿por qué las de los demás sabían como siempre? Era un misterio que les atormentó hasta que a uno de ellos se le ocurrió tirarse al agua con las raíces y, milagrosamente, al estar mojadas también sabían mucho mejor. ¿Cuál era la clave del enigma? Lo que Upe había hecho, involuntariamente, había sido **lavar las raíces**, con lo que eliminó la tierra que llevaban adherida y que era ingerida por los monos desde tiempos ancestrales.

Desde entonces, el grupo de amigos lavaba siempre sus raíces antes de comerlas, pero cierto día, uno de los monos viejos les descubrió e, intrigado, les preguntó:

– ¿Qué estáis haciendo, muchachos?

– ¡Estamos lavando las raíces, señor, para quitarles la tierra, porque así saben mucho mejor!

– ¿Cómooooo? ¿Qué os habéis creído, mocosos?, ¿sabéis cuántos años hace que las raíces se comen tal como las cogemos? ¡Desde siempre! ¡Malditos críos!

El hecho fue divulgado por el patriarca y el grupo de jóvenes cayó en desgracia entre la colonia, pues no se podía tolerar que se rompieran tradiciones tan antiguas. ¡Estúpidos refinados!, ¡frívolos!, ¡se creen más importantes y quieren ser diferentes!, etc., etc.

¿Saben que pasó? Al cabo de los años el terrible incidente se había olvidado pero, cuando la noche amparaba a los conspiradores, grupos y más grupos de monos se dirigían al río, al mar y a la laguna para limpiar sus raíces, pues, realmente ¡estaban fantásticas sin la tierra! Era un secreto compartido por casi todos pero, eso sí, eran felices y a salvo de caer en la blasfemia del cambio".

¿No nos recuerda nada la moraleja de este cuento?, ¿cuántas veces nos comemos raíces con arena por miedo al cambio?, ¿en cuántas ocasiones hemos abortado ideas por causa de comentarios de “monos viejos”?

Con la guía de este libro, si lo desea, puede iniciar un duro entrenamiento. Prepárese para observar y descubrir visiones trascendentales, para practicar, para tomar decisiones, para cambiar. En este mundo, el que deja de mejorar deja de ser bueno y quien cree que ya es algo ha renunciado a ser algo más.

Todos tenemos, como Demóstenes o Napoleón, un potencial importante, pero hemos de descubrirlo y potenciarlo. Galileo Galilei decía a sus discípulos: “No se le puede enseñar nada a nadie; sólo se le puede ayudar a que lo encuentre dentro de sí”, y Epicteto insistía en que “si buscas algo bueno, búscalo en ti mismo, hasta que lo encuentres”.

Un axioma latino predica: *Possunt quia posse videntur* (pueden porque creen que pueden), y citando a William James: “En casi todo lo que emprendas, sólo tu entusiasmo y convencimiento te conducirán al éxito. Si te preocupas por alcanzar un objetivo, triunfarás sin lugar a dudas; si quieres ser bueno, serás bueno; si quieres ser rico, serás rico; si quieres aprender, aprenderás. Sólo que debes desear realmente estas cosas, y desearlas exclusivamente, sin ambicionar al mismo tiempo otras cien cosas incompatibles”.

Pero, ¡cuidado!, no le vaya a suceder como a un amigo leñador, protagonista de la siguiente historia:

“Un leñador cortaba madera en un bosque. Había oído hablar de *Satori*, un animal fabuloso cuya posesión significaba la felicidad eterna, por lo que su deseo de poseerlo era grande.

Un buen día, *Satori* se le apareció súbitamente y el leñador corrió tras él, pero cada vez que se acercaba, el animal lo percibía y le burlaba con quiebros o acelerones imprevistos. La persecución se convirtió en obsesiva para el leñador pero tuvo que rendirse ante la evidencia. Era superior a sus fuerzas.

Al final se rindió y mientras descansaba recostado a un árbol, vio a *Satori* mirándole, entre irónico y compasivo. Entonces escuchó una voz que le dijo: No podrás cazarme. Te lo impide tu obsesión por conseguirme.

Tres o cuatro días fueron suficientes para que el leñador olvidara su obsesión, hasta el punto de que cuando alguien le hablaba del animal no le hacía caso o le expresaba su desinterés en el mismo. Pero en una ocasión en que estaba concentrado en su trabajo, después de haber derribado un frondoso árbol descubrió, asombrado, que entre las ramas estaba atrapado el ansiado *Satori*”.

¿Qué moraleja podríamos ponerle a esta historia?